Una reflexión sobre el hermano como nieto cuando la diferencia de edad es de 10 años o más entre hermanos

En mi trabajo con familias, cada vez me doy más cuenta de lo diferentes que son los mensajes que cada hermano recibe de sus padres. Como budista, esta revelación me resulta menos sorprendente de lo que podría serlo para el espíritu occidental. En la tradición budista tibetana se nos enseña que el espíritu de cada niño, al reencarnarse, elige a los padres concretos que pueden proporcionarle su próximo aprendizaje. Los padres de cada niño tienen el deber de determinar qué es lo que el espíritu del niño eligió que aprendiera al elegirlos y de ofrecerle esa sabiduría. Un aspecto maravilloso de esta idea tan bella y armoniosa es que ni los padres ni el niño tienen ninguna culpa genética entre sí. Más bien, padres e hijos reconocen que son socios en igualdad de condiciones en el proceso de evolución mutua de sus espíritus. A menudo he pensado en cuánto dolor y sufrimiento podrían evitar las familias occidentales si adoptaran esta profunda verdad espiritual.

Al apreciar esta verdad, resulta fácil comprender por qué, en una familia en la que hay dos o más hermanos, cada uno recibe mensajes diferentes de sus padres. Al fin y al cabo, cada uno eligió a estos padres para aprender algo específico para su crecimiento. Sin embargo, con demasiada frecuencia, los hermanos y sus padres desconocen esta realidad. De hecho, según mi experiencia, cuando los padres se enfrentan a la realidad de que han transmitido muchos mensajes diferentes a sus hijos, lo niegan. Prefieren vivir con la ilusión de que han ofrecido la misma sabiduría a cada hijo. Del mismo modo, cuando trabajo con hermanos, estos dan por sentado que los mensajes que recibieron de sus padres fueron exactamente los mismos. Esta ilusión ha provocado a menudo grandes discrepancias en la realidad entre hermanos, lo que, hasta que se disipa,

dificulta mucho su comunicación. Una vez que los hermanos comprenden que cada uno eligió a estos padres para aprender algo específico para su evolución espiritual única, la comunicación avanza rápidamente para disipar la ilusión. Una vez que se abre esa comunicación, los hermanos se deleitan rápidamente en intercambiar entre sí la naturaleza real de los mensajes que recibieron. Los padres que presencian este proceso disipan entonces sus propios mitos y son capaces de discernir por qué el comportamiento de sus hijos al abordar un tema común es con frecuencia tan diferente.

Para aquellos de vosotros con una mentalidad occidental a quienes os resulte difícil entender lo que he dicho hasta ahora
comprender, os sugiero que leáis el libro de Frank Sulloway, **Born to Rebel: Birth Order, Family Dynamics, and Creative Lives**[1], que os llevará al mismo lugar que cualquier metáfora oriental.

El reconocimiento por parte de los hermanos y sus padres de las diferencias en los mensajes que recibieron cambiará profundamente la capacidad de ambas generaciones para tomar decisiones conjuntamente. A su vez, un proceso de toma de decisiones mejorado fortalecerá el sistema de gobernanza familiar y, en última instancia, todo el tejido familiar.

Quiero centrarme ahora en un aspecto concreto de la relación entre padres, hijos y hermanos. En mi práctica profesional he observado que hay un aspecto de la transmisión de mensajes entre padres e hijos que resulta especialmente complicado. Se trata de la relación entre el hijo o nieto y sus hermanos. Según mi experiencia, cuando hay una diferencia de más de diez años entre las edades de los hermanos, y especialmente cuando existe tal diferencia entre el hermano más joven y el siguiente en edad, he observado que los mensajes que este hermano menor recibe de sus padres suelen parecerse más a los que los abuelos transmiten a sus nietos que a los que los padres transmiten a sus hijos. Si no lo hubiera observado en al menos diez de las familias con las que trabajo, probablemente lo habría pasado por alto. Me ha desconcertado igualmente el motivo por el que los hermanos de estas familias parecían tener tantas más dificultades para comunicarse. Al haberme encontrado con esta situación con tanta frecuencia, he empezado a darme cuenta de que se trata de un problema real y recurrente para las familias, y que es necesario abordarlo. ¿Cuáles son algunos ejemplos de las diferencias fundamentales entre los mensajes que reciben los hijos y los que reciben los nietos?

Según mi experiencia, los primogénitos y los segundos hijos suelen recibir de sus padres mensajes relacionados con el deber y la responsabilidad, que sugieren que imitar los valores de los padres, e incluso de sus trayectorias vitales, son objetivos a alcanzar. Este hecho lo corrobora Sulloway. Del mismo modo, los terceros y cuartos hijos reciben mensajes que les brindan la oportunidad de una mayor libertad y flexibilidad en sus elecciones vitales, un hecho que, de nuevo, corrobora Sulloway. Al reflexionar sobre estas diferencias, es fácil imaginar a estos jóvenes padres, que se esfuerzan por salir adelante, transmitiendo mensajes a sus hijos primogénitos y segundos basados directamente en esa experiencia. Luego, a menudo en una época más próspera y con una edad más avanzada, transmiten mensajes diferentes a los terceros y cuartos hijos. Ahora, pensemos rápidamente en el niño nacido diez años después del primogénito y del segundo, o incluso, en algunos casos, veinte años o una generación completa más tarde. Estos terceros hijos tenían los mismos padres, pero unos padres que, en ese lapso de veinte años, no solo habían pasado de la edad adulta temprana a la mediana edad; biológicamente, ya están preparados para ser abuelos. Es fácil comprender que estos padres estén dispuestos a ofrecer a este hijo el amor y el afecto puros que los abuelos prodigan a sus nietos. En muchos casos, han dejado atrás las estrictas lecciones de deber y responsabilidad que los padres jóvenes imparten a sus hijos mayores. Es fácil ver cómo estos terceros hijos, aunque aparentemente pertenecen a la misma generación de la familia (biológicamente, son hijos de los mismos padres), en realidad no son hijos de los mismos padres, si nos basamos en los mensajes que reciben de ellos.

Cuando los hermanos deciden establecer un sistema de gobernanza familiar para dotarse de un marco de toma de decisiones conjunta, mi experiencia me dice que rara vez han tenido en cuenta estas diferencias en relación con sus padres. Normalmente, la decisión de iniciar un proceso de gobernanza familiar surge a raíz de un acontecimiento financiero en la familia, como el fallecimiento de los abuelos, la muerte o la incapacidad mental de los padres, un divorcio, la venta de un negocio familiar o algún otro acontecimiento significativo en la vida de la familia. Ante tal acontecimiento, los hermanos se reúnen y, a menudo por primera vez en su vida adulta, se ven obligados a trabajar juntos. Rara vez tienen experiencia en hacerlo, salvo a la hora de planificar grandes reuniones festivas. Del mismo modo, cualquier experiencia previa que pudieran haber tenido de niños se limitaba precisamente a eso: a ser niños, no a los adultos en los que se han convertido. Cuando se sientan juntos por primera vez, a menudo se encuentran, en realidad, con unos desconocidos. Sin embargo, creen que

gracias a los mensajes comunes que han recibido de sus padres, tomarán fácilmente las decisiones necesarias. Para su sorpresa, a menudo encuentran muy pocos puntos en común. En cuanto empiezan a decir qué mensaje darían mamá y papá sobre este tema, descubren que no tienen un mensaje común. A menos que conozcan la verdad que se comparte en esta meditación, pueden perder un tiempo valioso o, lo que es peor, generar animadversión que puede hacer que la toma de decisiones futura resulte extremadamente difícil. Según mi experiencia, este problema de mensajes contradictorios resulta especialmente difícil para las familias en las que conviven hijos e hijos de los hijos. Para el nieto o el hijo cuya experiencia con sus padres se basó en un amor incondicional y, a menudo, en una libertad de acción extrema, las reuniones familiares aparentes que ayudan a proporcionar la información actual necesaria sobre cada miembro de la familia aumentarán, en consecuencia, las posibilidades de una comunicación satisfactoria. Una de estas prácticas consiste en pedir a cada participante, al comienzo de la reunión, que redacte un breve resumen en el que exponga qué es lo que le apasiona y qué saben de él o ella sus amigos que la familia
. Sugiero esta práctica para que cada participante ofrezca una visión de su trayectoria vital y de una de las tres a cinco personalidades que cada uno de nosotros tiene. Con esta información, los participantes en la reunión comprenderán quién está presente hoy en la sala, en lugar de tener una visión distorsionada de cómo era un hermano hace veinte años. Recomiendo encarecidamente que las familias comiencen todas las reuniones importantes con este ejercicio.

También recomiendo encarecidamente que los hermanos hablen abiertamente y con verdadero sentido del humor de los mensajes que cada uno recibió de sus padres. La capacidad de comprender lo diferentes que eran esos mensajes ayudará enormemente a superar los malentendidos entre hermanos que, con demasiada frecuencia, fomentan los distintos mensajes de los padres. En familias con una diferencia de edad significativa que da lugar a la coexistencia de nietos e hijos, no puedo dejar de insistir en lo importante que es que los hermanos hablen de los mensajes que recibieron de sus padres. Si no se produce ese diálogo, el riesgo de malentendidos y de una comunicación familiar defectuosa es extremadamente grave. Reconocer nuestras diferencias es el primer paso para apreciar nuestra singularidad individual y el verdadero primer paso para crear un sistema eficaz de toma de decisiones familiares.

Resulta muy difícil comprender la rigidez de los puntos de vista sobre cuestiones que afectan a hermanos cuya edad suele equivaler a la edad normal de los padres del nieto o del hijo. Para los hermanos mayores, el comportamiento que muestra su hermano menor —de laissez-faire y de «dejarse llevar»— parece, en el mejor de los casos, ingenuo y, en el peor, infantil. Ninguno de los dos grupos de hermanos se equivoca en lo que observa, pero cuando atribuyen motivos a ese comportamiento, llegan a conclusiones radicalmente erróneas sobre la motivación de los demás a la hora de encontrar un terreno común. Una vez que los hermanos, como grupo, empiezan a descubrir quiénes son los demás como individuos —en lugar de como hijos de los mismos padres—, desaparecen sus suposiciones erróneas sobre la naturaleza de esa motivación. En mi libro ***Family Wealth: Keeping It in the Family*** (El patrimonio familiar: *cómo mantenerlo en la familia*), analizo las prácticas que las familias pueden poner en práctica.

Para los hermanos, paradójicamente más que para los desconocidos, la capacidad de trabajar por un objetivo común suele resultar más difícil. El secreto está en comprender que, aunque biológicamente seamos hermanos, en realidad cada uno de nosotros es un individuo extraordinario que, por casualidad, eligió a las mismas dos personas de las que aprender cosas muy diferentes. Cuando, como hermanos, nuestras diferencias de edad son extremas, no es de extrañar que las lecciones que decidimos aprender sean muy distintas, ya que las personas de las que, en realidad, aprendemos tienen a su vez edades muy diferentes en el momento en que decidimos aprender de ellas.

A todos los hermanos, incluidos los míos: Peter, Betsy y Barbie, NAMASTE

Copyright ©1999 por James E. Hughes, Jr., Esq.

---

[1] Sulloway, Frank J., *Born to Rebel: Birth Order, Family Dynamics and Creative Lives*, Vintage Books, 1997.